

CAPITULO IV.

LA LITERATURA DEL SIGLO XVIII.

§ I.—Fraternidad.—Solidaridad.

N.º 1.—*El cristianismo.*

La humanidad, la fraternidad, el cosmopolitismo, son la religion del siglo XVIII. ¿Cuál es el origen de estas ideas? ¿Cuál es su filiacion? A primera vista se inclina uno á atribuir las al cristianismo, aún cuando son la creencia de filósofos más ó menos hostiles á la religion cristiana. Tal es la opinion de los dos escritores cuyos nombres resumen el último siglo, Voltaire y Rousseau. Voltaire cita con gusto el precepto de un obispo, inglés de nacion, que en 1757 se atrevió á decir que los Turcos son nuestros hermanos. El mismo escribe un sermón (1) en que predica la fraternidad universal (2); y ¿en qué autoridad se apoya el predicador filósofo? «Jesucristo, dice Voltaire, llama á sí á todas las naciones. No hay, pues, extranjero para un verdadero discípulo de Cristo. ¿Por qué encerrarnos en una pequeña sociedad aislada, cuando nuestra sociedad debe ser la del universo?... El hombre aislado

(1) Sermón predicado en Basilea el primer día del año 1768, por un ministro evangélico.

(2) « Vosotros todos los que me escuchais, acordaos que sois hombres ántes de ser ciudadanos de tal ó cual ciudad, miembros de una sociedad que profesais cierta religion. Ha llegado el tiempo de ensanchar la esfera de nuestras ideas y de ser ciudadanos del mundo. »

es un salvaje, un sér informe que no ha recibido aún la perfeccion de su naturaleza. Una ciudad aislada, inhospitalaria, es entre las sociedades lo que el salvaje respecto de los demás hombres. Hijos que adoramos al Dios que ha creado á todos los mortales, ningun mortal debe ser extranjero entre nosotros.»

Rousseau reobró contra el cosmopolitismo á veces excesivo de sus contemporáneos. No era de la opinion de los filósofos sobre la vida salvaje, aislada, que consideraba como el estado de la naturaleza, y que oponia con gusto á la sociedad artificial de su tiempo. Sin embargo, también él encuentra en la doctrina cristiana el origen del cosmopolitismo; con la diferencia de que, donde Voltaire aplaude, el ciudadano ginebrino censura y reprueba. Censura al cristianismo porque inspira la humanidad más bien que el amor á la patria; dice que tiende á formar hombres más bien que ciudadanos (1). Rousseau tiene razon. La religion cristiana, religion del otro mundo, enseña á los fieles que su patria está en el cielo, que son extranjeros en esta tierra, ciudad transitoria, al paso que la ciudad verdadera es la Jerusalem celeste. En este sentido puede decirse con verdad que el cristianismo destruye el sentimiento de la patria. ¿Debe deducirse de aquí que enseña el cosmopolitismo, tal como lo comprendia la filosofía del siglo XVIII? Voltaire y todos los filósofos de su tiempo eran ciudadanos de este mundo, y cuando predicaban la fraternidad, trataban de aplicarla á las relaciones reales de la vida: su cosmopolitismo era una doctrina de tolerancia, de humanidad y de paz. No era, pues, la doctrina cristiana. Sucede con la fraternidad lo mismo que con la igualdad. La igualdad de los cristianos no impide que S. Pablo legitime la esclavitud: su fraternidad no impide que S. Agustin erija la intolerancia en dogma y arroje las semillas de las más funestas guerras que han ensangrentado el mundo. Si, pues, la filosofía moderna ha inscrito en su bandera así la fraternidad como la igualdad, ha debido buscar en otra parte el sentido que da á estos símbolos. Los cristianos y los filósofos no tienen comun más que el nombre: las ideas son completamente diferentes.

Sabemos que los apologistas del cristianismo desean con afán

(1) ROUSSEAU, *Cartas escritas en la montaña.*

atribuir á la Iglesia todas las creencias de la humanidad moderna. Hasta hay cristianos sinceros que imaginan que la filosofía del siglo XVIII y la revolución no son más que una nueva manifestación del Evangelio, un cristianismo social. Tienen razón en el sentido de que las ideas rompen los límites mezquinos en que quieren contenerlas las sectas. La igualdad y la fraternidad han empezado por ser dogmas profesados por una religión que desdeña el mundo real. Pero una vez dentro de la conciencia general, han cambiado de naturaleza y de tendencia. La humanidad, á despecho del espiritualismo evangélico, conoce que está destinada á realizar su misión en esta tierra, que su patria está aquí abajo, lo cual no excluye un destino futuro. Debe tratar, pues, de organizar la sociedad según los principios que forman la esencia de su fe. Hé aquí cómo la igualdad y la fraternidad religiosas se convierten en máximas políticas. Pero han sido necesarios, para operar esta transformación, sentimientos nuevos, extraños y aún hostiles al cristianismo.

Tenemos una prueba notable de este trabajo del espíritu humano en un escritor que no rechazarán los cristianos. ¿Hay una alma más evangélica que *Fenelon*? Enseña un cosmopolitismo del cual no renegaría *Voltaire*. Y ¿de dónde lo ha tomado? Creeríase que debe tomarlo del Evangelio. El cristianismo desempeña ciertamente un gran papel en la doctrina del arzobispo de Cambrai, pero solamente como punto de partida. Cuando se trata de formular sus principios, apela, no á la fraternidad cristiana, sino á los intereses del comercio y de la industria: creeríase oír un partidario del libre cambio. Todos estamos unidos en Dios, fuente común é inagotable de las inteligencias. Esta relación esencial con el padre común establece una relación mutua entre las almas; miembros y partes del gran Todo, su naturaleza las inclina y obliga á vivir en un comercio perpétuo de amistad y de caridad (1). Añábase á este vínculo de amor, que Dios ha querido además dar á los hombres una señal exterior, sensible, de su unión, el parentesco de

(1) Tal es el sentimiento que inspira á FENELON en su descripción del Eliseo: «Cantan todos juntos las alabanzas de los dioses, y no forman todos juntos más que una sola voz, un solo pensamiento, un solo corazón: una misma felicidad forma como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.»

la sangre. Hubiera podido crear á los hombres independientes unos de otros; los ha hecho nacer á todos de un origen común á fin de imprimir la unidad hasta en su cuerpo y en su sangre (1).

Esta es la parte que corresponde al cristianismo en la fraternidad. *Fenelon* era digno de celebrar el amor que une á las almas en el cielo; pero en esta tierra se necesita un vínculo más positivo. *Fenelon* lo encuentra en las necesidades de los hombres. Dios hubiera podido crearlos suficientemente provistos de felicidad para vivir solos; pero esta perfección hubiese corrido el peligro de venir á parar en egoísmo; Dios nos ha creado, pues, débiles é impotentes, á fin de que la sociedad de nuestros semejantes fuese una necesidad para nosotros. La Providencia ha puesto en los pueblos la misma debilidad; ha repartido las cosas que les son necesarias sobre toda la superficie de la tierra, para que se viesen obligados á tener relaciones entre sí (2). Por otra parte, Dios ha creado la tierra y ha distribuido sus diversas partes de modo que resulten fáciles las comunicaciones entre los hombres: «Ese océano que parece puesto en medio de las tierras para separarlas eternamente, es, al contrario, el punto de cita de todos los pueblos, que no podrían ir de un extremo del mundo al otro sin fatigas, tiempo y peligros increíbles. Por este camino sin huellas, á través de los abismos, el antiguo mundo da la mano al nuevo y el nuevo da al antiguo tantas comodidades y riquezas» (3). Para no poner dificultades á estas relaciones naturales y necesarias que Dios ha querido establecer entre los hombres, *Fenelon* pide la libertad de comercio más absoluta.

Estamos ya lejos del Evangelio y en plena economía política. Por poco que se reflexione sobre el espiritualismo evangélico, asombra el atrevimiento de este pensador cristiano. Por mejor decir, *Fenelon* no es ya cristiano, cuando celebra las comunicaciones marítimas que permiten á la América enviar á Europa tantas

(1) TELÉMACO, lib. XIV.—*Ensayo sobre el gobierno civil*, c. 3.

(2) «Por efecto de la Divina Providencia ninguna tierra produce todo lo que se necesita para la vida humana, á fin de que la necesidad convide á los hombres al comercio, para darse mutuamente lo que les falta, y esta necesidad es el lazo natural de la sociedad entre las naciones.»

(3) *De la existencia de Dios*, P. 1.^a, c. 2.—*Del gobierno civil*, c. 2.

comodidades y riquezas. Olvida las maldiciones de Jesucristo contra los ricos, olvida que el cristianismo es la religion de los pobres, y que nuestros comerciantes no van á las Indias á buscar las especias para los pobres. No es ya el discípulo de Cristo el que habla, sino el hombre de los tiempos modernos, el contemporáneo de Luis XIV. Tambien el fastuoso rey se llamaba cristiano, pero el hijo del hombre, que no tenía dónde reclinar su cabeza, no lo hubiera reconocido como uno de los suyos en medio del lujo de Versalles; y dudamos mucho que el predicador de la *buena nueva*, que aconsejaba á sus discípulos que vendiesen lo que tenían para repartirlo á los pobres, que les decia que tomasen la cruz si querían seguirle, dudamos mucho que aquel doctor de pobreza y de humildad hubiera reconocido como uno de los suyos al escritor que, al hablar de fraternidad, pensaba en las necesidades y comodidades de los hombres, y justificaba implícitamente los esfuerzos que hacen para producir y repartir la riqueza. Pero si bien Cristo hubiese encontrado algunos reparos que poner á esta fraternidad terrestre, en cambio la filosofía la aplaude, y considera á *Fenelon* tanto más grande cuanto que se ha elevado sobre la pequeñez del Evangelio para abrir su alma á todas las aspiraciones legítimas de la humanidad.

N.º 2.—*La economía política.*

I.

Fenelon es el vínculo entre los siglos XVII y XVIII; es cristiano y filósofo á la vez. En el siglo XVIII el elemento cristiano desaparece y domina el elemento humano. Una escuela de economistas tomó por su cuenta la causa de la fraternidad y del cosmopolitismo. Era éste un movimiento muy legítimo. Durante diez y siete siglos el cristianismo habia predicado en vano á los hombres que son hermanos; su parentesco religioso no les impidió vivir en un estado permanente de hostilidad, y hasta erigir esta hostilidad en doctrina. *Montaigne*, al decir que el perjuicio del uno era el beneficio del otro, era el órgano de una opinion general. La oposicion

de intereses parecia mayor todavía de pueblo á pueblo: «Tal es la condicion humana, dice *Voltaire*, que el desear la grandeza de su país es desear el mal de los vecinos. Es claro que un país no puede ganar sin que otro pierda.» En el orden político esta verdad parecia tan evidente que pasaba como un axioma; el sistema del equilibrio consideraba como naturalmente enemigos á los Estados que tenían intereses contrarios. Sin embargo, aquellas naciones eran cristianas. No bastaba, pues, la religion para establecer la fraternidad entre los pueblos, mientras estuviesen divididos por los intereses. De aquí la necesidad de la escuela de los economistas; hicieron lo que los predicadores no se atrevían á hacer, enseñando á los hombres que Dios, que los habia creado hermanos, habia cuidado tambien de que sus intereses fuesen solidarios.

Esta doctrina nueva se encuentra ya en *Boisguilbert*: asienta como principio que hay solidaridad necesaria de intereses, no solamente de hombre á hombre y de provincia á provincia en un mismo Estado, sino tambien de país á país (1). *Alberic de la Rivière* desarrolló magníficamente esta idea tan fecunda en consecuencias: «No hay en la sociedad ninguna clase de hombres cuyo interes particular, cuando es bien entendido, no forme parte del interes general, ó más bien, cuyo interes particular, para ser bien entendido, no deba estar completamente conforme con el interes comun de las demas clases. Cuanto más se profundiza esta reflexion más claramente se ve que el orden de la naturaleza reduce á la unidad todas las sociedades particulares; que en punto á intereses, los hombres están todos asociados por una necesidad natural é imperiosa que no pueden eludir; que está en este orden inmutable que todos sean útiles unos á otros, y que los unos obtengan sus goces por medio de los otros» (2).

La doctrina contraria da por resultado la guerra de todos contra todos de *Hobbes*. Aquel gran lógico se engañaba representando al hombre como un lobo para el hombre por naturaleza; hubiese debido decir que los hombres son naturalmente humanos y amigos, y que no llegan á ser enemigos más que bajo la in-

(1) *Coleccion de los economistas*, t. I, p. 261 y sig.

(2) *Ibid.*, t. II, 2, p. 565.

fluencia de falsas máximas. La más falsa de todas es la oposicion de intereses, que crea la hostilidad entre las clases y entre las naciones. De aquí esas leyes prohibitivas contra las cuales ha lanzado una violenta filípica un economista del siglo pasado: «La teoría de las leyes prohibitivas está escrita en letras de sangre en la historia de todas las guerras que desde hace cuarenta siglos devoran á la especie humana. El interes colonial, la esclavitud, los odios de la avaricia llamados odios nacionales, las guerras de la avaricia llamadas guerras de comercio, han hecho salir de esa caja de Pandora la inundacion de los errores y de los crímenes que han hecho de la sociedad humana un cuadro tan odioso, que no hay valor para detenerse en él de miedo de tener que maldecir el desarrollo de la industria y los progresos mismos de la civilizacion» (1). Si las leyes prohibitivas, fundadas en la oposicion natural de los intereses, engendran fatalmente la guerra, es evidente que una doctrina que considera los intereses como solidarios debe venir á parar á la paz universal. Como dice el gran promovedor del libre cambio en el siglo XIX, la guerra llegará á ser un dia tan imposible entre dos naciones como lo es hoy entre dos provincias de un mismo Estado (2).

No basta que la doctrina de los *economistas* dé por resultado la paz para elogiarla. La tendencia á reducirlo todo á los intereses materiales tiene por el contrario un escollo y es una poderosa objecion contra sus enseñanzas. La escuela de *Quesnay* no merece esta censura. Profesaba la identidad de lo justo y de lo útil, no en el sentido materialista, de que basta que una cosa sea útil para que se la tenga por justa, sino en el sentido de que la Providencia ha querido que lo que es justo fuese tambien útil y que lo injusto fuese al mismo tiempo perjudicial. Los ataques al orden moral, decian los *economistas*, engendran por sí mismos su castigo, porque este orden no puede ser turbado sin que, de rechazo, haya perturbacion en las leyes físicas á que están sometidos la conservacion y el desarrollo de la especie humana. Así, pues, cuando el interes aparece en oposicion con la justicia, debe seguirse la jus-

(1) D'HAUTERIVE, *Elementos de economia política*, p. 199.

(2) Discurso de COBDEN, Octubre, 1842. (COBDEN y la Liga, p. 5.)

ticia sin vacilar, áun bajo el punto de vista del interes, porque debemos convencernos de que la injusticia, no solamente es una violacion del orden moral, sino que es tambien un mal cálculo. Bajo este punto de vista juzgaban los *economistas* la guerra y la conquista. Veian en ellas una aberracion ó un crimen: comparaban á los conquistadores con los animales carniceros y á sus hazañas con una enfermedad epidémica ó un diluvio. Si se les erigen estatuas, habrá de ser de la misma manera que los antiguos elevaban templos á la fiebre, al hambre y á la peste (1).

II.

Habia en el siglo pasado otra doctrina que se proponia tambien conservar la paz entre los pueblos, y era el sistema del equilibrio, que gozaba de gran favor en el mundo político. Los *economistas* lo rechazan. *Mirabeau*, *el Amigo de los hombres*, dice que es una quimera, que no tiene de real más que la máscara con que encubre la ambicion. Léjos de evitar las guerras, parece más bien que las provoca, añade *Mercier de la Rivière*, porque todos los dias se hacen la guerra los Estados para conservar el equilibrio entre sí. De modo que los pueblos se matan recíprocamente por sostener un sistema imaginado para impedirles que se maten. El equilibrio, se dice, asegura la independenciam de los Estados; esto no impide, dice *Mirabeau*, que las grandes potencias se coman á las pequeñas. ¿Qué ha producido para los grandes Estados? Guerras continuas que los han despoblado y empobrecido á todos. Y es que el sistema está viciado en su esencia. Se propone la paz, es decir, la union y la armonía, y se funda en la oposicion de intereses. ¡Singular medio de unir los pueblos, empezar por dividirlos y proclamar que esta division está en la naturaleza de las cosas! (2).

Al equilibrio oponen los *economistas* la fraternidad que conduce á la verdadera armonía. ¿Será una quimera la confederacion de

(1) *Coleccion de los economistas*, t. II, 2, p. 880 y 813.

(2) MIRABEAU, *El Amigo de los hombres*, t. III, p. 62 y 210-212.—MERCIER DE LA RIVIÈRE (*Coleccion de los economistas*, t. II, 2, p. 527, 529).